

CARTA PASTORAL
“UN SOLO DIOS PADRE DE TODOS”
CON MOTIVO DEL AÑO SANTO JUBILAR

18 de octubre de 1999

Queridos hijos:

Cercano ya el año Santo Jubilar, cuando nos aprestamos a celebrar los 2000 años del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, quiero dirigirles esta carta pastoral que sirva de reflexión a los sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y laicos de las diferentes parroquias y comunidades de la Arquidiócesis.

Conocen las ovejas al pastor y el pastor las conoce a ellas. Saben los pensamientos y el sentir del corazón de su Arzobispo que se expresan en sus homilias y en diversos escritos. Pero la celebración de los 2000 años del nacimiento de nuestro Salvador me inspira, y casi me obliga, a escribirles una especial carta pastoral para que sea leída en común, meditada personalmente, usada como instrumento de reflexión en grupos de jóvenes y de adultos, en los distintos movimientos, en nuestras parroquias y casas de oración. Está también esta carta a la disposición de todos nuestros hermanos cristianos o no, creyentes o no, para que todos puedan compartir o conocer el espíritu que anima a la Iglesia Católica en la celebración de los 2000 años del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

La pastoral de conjunto es más que una serie de planes de trabajo que todos deben ejecutar en modos y tiempos determinados. Es también un espíritu, una manera de hacer, que nos debe identificar como comunidad Arquidiocesana. Para avanzar todos juntos, caminando en el espíritu del Señor, pues ningún otro espíritu puede animarnos en nuestro andar, insisto en que es necesario conocer bien el pensamiento y el sentir del obispo, pastor de esta porción del rebaño que Jesucristo, por medio del sucesor de Pedro, ha puesto bajo su guía y cuidado. Es, pues, en nombre de Cristo como me dirijo a ustedes.

Jesucristo estará siempre en el centro de nuestra atención, en Él debe fijarse la mirada de nuestro corazón, su amor vivificará y dará un alcance ilimitado a los otros legítimos amores que se anudan a nuestra existencia. Conocer a Jesucristo es cumplir la voluntad de Dios Padre, seguirlo es hallar el único camino verdadero que da vida, Él es Alfa y Omega, principio y fin. Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre. No se nos ha dado otro nombre en el cual podamos ser salvados. La razón de ser de la Iglesia que Él fundó es proclamar que Jesucristo es el Señor, que *«tanto amó Dios al mundo que le entregó a su único hijo»...* (Jn 3, 16). Él pasó haciendo el bien, fue clavado en el madero de la cruz y resucitó victorioso del sepulcro. Esto lo debemos anunciar hasta los confines del mundo, a tiempo y a destiempo, pasando a veces por toda clase de pruebas, obedeciendo a Dios antes que a los hombres.

Con el apóstol San Pablo, cada hijo de la Iglesia debe ser capaz de repetir: *«Ay de mí si no anuncio el evangelio»* (1 Co 9, 16). Ese es el invariable programa pastoral de la Iglesia: anunciar a Jesucristo. También lo será para el próximo milenio. Esa fue la propuesta de los obispos de toda América, reunidos en el Sínodo especial para el continente americano: que en el siglo que comienza la Iglesia propicie «el encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América». Así lo recogió el Papa Juan Pablo II en la exhortación apostólica sobre la Iglesia en América. En esto ha estado empeñada nuestra Iglesia Arquidiocesana

desde antes de la preparación de la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba: en dar a conocer a Cristo a nuestro pueblo.

La evangelización ha sido una preocupación pastoral constante para nuestra Iglesia Arquidiocesana en los últimos tres años y continuará siéndolo, con nuevas facetas, en el siglo venidero. El evangelio de Jesucristo es el precioso tesoro que tiene la Iglesia y que debe ofrecer a nuestro mundo. Pero *«este tesoro lo llevamos en vasos de barro»* (2 Co 4, 7). Quiero decir con esto que contamos con medios limitados, con poco personal consagrado al servicio del Señor, que la Iglesia no tiene ni escuelas propias ni la posibilidad de participar en el programa educativo de los niños y jóvenes cubanos para llevarles a los bautizados el mensaje de Cristo y la ética que lleva consigo. Tampoco está presente la Iglesia de manera habitual en los grandes medios de comunicación del país. Ante nuestros ojos se abre el campo inmenso de la mies, que es abundante, pero los operarios son pocos. Hemos de orar, pues, incesantemente, por el aumento de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Ante el panorama inmenso de hombres y mujeres con sed de Dios o en búsqueda de sentido para sus vidas, ansiosos de un mensaje de amor y de esperanza, se siente la Iglesia desbordada en su misión. Con el salmista levantamos los ojos hacia lo alto preguntándonos: *«¿de dónde nos vendrá el auxilio?»* (Sal 120). Y el Señor nos responde a cada uno como al apóstol: *«te basta mi gracia, mi fuerza se prueba en la debilidad»* (2 Co 12, 9). Esa es la experiencia que ha hecho la Iglesia en Cuba en estas últimas décadas, confiada solo en el poder del Señor. Ha sido en verdad una Iglesia pobre, *«pero enriqueciendo a muchos»* (2 Co 6, 10).

Solo la oración ha podido mantener a la Iglesia en su puesto de trabajo pastoral a través de estos años, con poquísimos recursos humanos o materiales y enfrentando tensiones y dificultades reales. No fue casual que el primer «Encuentro Nacional Eclesial Cubano» (ENEC), al diseñar el modelo de Iglesia que debía configurarse en Cuba, la haya descrito como una Iglesia ante todo orante. Es la oración la que caracteriza una fe viva. Quien cree se dirige a Dios con súplicas, alabanzas y acción de gracias, sabiendo que todo procede de Él y que nosotros somos *«siervos inútiles, solo hemos hecho lo que teníamos que hacer»* (Lc 17, 10). En la oración supera la Iglesia las horas difíciles. En oración aprende a mirar confiada hacia el futuro.

Me dirijo a ustedes, pues, en clima de oración, de modo que todos, además de reflexionar sobre la vida de la Iglesia y la realidad donde ella vive, puedan también orar, inspirándose en esta carta.

En este año del Padre que nos introduce en el Gran Jubileo del año 2000, la oración del cristiano, la que Jesucristo nos enseñó a rezar, será el marco y la trama de esta carta pastoral. Al decir de San Agustín, todo está contenido en el Padrenuestro, nada podemos pedir que no esté incluido en la oración por excelencia del cristiano. Sus peticiones son, por otra parte, tan amplias y universales, que cualquier hombre, de cualquier religión, puede rezar el Padrenuestro.

¿Con qué bagaje interior de preocupaciones y expectativas rezamos los cubanos el Padrenuestro a las puertas del tercer milenio de la era cristiana?, ¿cuál es nuestra actitud profunda al dirigirnos a Dios creador? Los invito a ponerse con toda confianza ante el Señor para que, al invocarlo con fe, puedan encontrar en él la lucidez y la paz que tanto necesita el ser humano y que solo se alcanzan cuando nos abandonamos confiados en las manos de Dios Padre.

PADRE

¡Cuántas veces y de qué modo llama así Jesús a Dios! En el entusiasmo de su primera adolescencia: *«es hora de ocuparme de las cosas de mi Padre»* (Lc 2, 49). En los momentos de alegría, cuando el Reino de Dios es acogido, sobre todo por los pobres: *«yo te alabo, Padre, porque has ocultado estas cosas a la gente importante y se las has revelado a los sencillos»* (Mt 11, 25). En la angustia ante la inminencia de su pasión: *«Padre, si es posible que pase de mí este cáliz sin que yo lo beba...»* (Mt 26, 39). En el trance de la muerte, pensando en nosotros: *«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»* (Lc 23, 34); y finalmente, al entregar su vida por nuestra salvación: *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»* (Lc 23, 46).

¡Qué acentos tiene la palabra Padre pronunciada por Jesús en su lengua natal: Abba! Está cargada de familiaridad y de cariño. Es como el «papá» que dice el niño entre las primeras palabras que empieza a pronunciar. Es hermosa la costumbre tradicional cubana de enseñar al niño que comienza a hablar y a relacionarse con su entorno a llamar a Dios así: «Papá-Dios». Y cuando aprende a expresar con un beso su amor a la mamá, al papá y a cuantos lo rodean, entre las primeras cosas que hace está dedicar sus besos a Papá-Dios, a quien reconoce donde quiera que ve el rostro de Jesús, tan común en nuestras casas en la imagen del Sagrado Corazón. Mucho le falta aun al niño para saber que quien ve a Jesús ha visto al Padre, o que Dios Padre debe ser ante todo amado y alabado, pero ya entre las cosas bellas que merecen sus besos está el rostro de Jesús que él llama Papá-Dios. También los mayores que enseñan al niño tienen presente en su memoria que el Dios todopoderoso del cielo y de la tierra es ante todo un Padre. De este modo, de los labios de María y de José aprendió Jesús niño, en su hogar de Nazaret a llamar a Dios Abba, Padre. Así se dirigió siempre en su oración a Aquel de quien es el hijo eterno. Nadie como Él ha podido decir con tal propiedad y unción esta palabra, porque «nadie conoce al Padre sino el Hijo» (Mt 11, 27).

Jesús experimenta, pues, su condición de hijo de una manera única y, sin embargo, nos enseña a llamar a Dios como Él lo llama. Si El no nos lo hubiera mandado, nosotros nunca nos hubiéramos atrevido a hacerlo, por eso decimos en la misa, antes de rezar el Padrenuestro: «fieles a la recomendación del Salvador... nos atrevemos a decir». Es en realidad una osadía llamar al Padre de Jesús, Padre Nuestro, y nos atrevemos a ello porque Cristo nos lo mandó. Solo si el Espíritu Santo pone en nosotros los mismos sentimientos de hijo que hay en Cristo Jesús somos capaces de decir de veras Padre.

Hay en Dios, al mismo tiempo, el amor firme y vital del Padre, comunicador de seguridad y de audacia, y la ternura y la compasión de una madre, capaz de acogernos en todo momento y de aliviar todas nuestras penas. Con lenguaje paterno y materno a la vez se dirigió Dios a nosotros en el Antiguo Testamento: *«has visto que el Señor tu Dios te ha llevado como un hijo por todo el camino»* (Dt 1, 31). *«Podrá una madre olvidarse del hijo de sus entrañas pero yo no me olvidaré de ti»* (Is 49, 15).

Dios Padre-madre es fuente y origen de toda vida y del amor. En Él debe hallar su raíz e inspiración cada una de nuestras familias. ¡Qué importante es que el hombre y la mujer sepan cumplir su papel paternal y maternal en el seno de su hogar! El amor del padre y de la madre es un reflejo del amor de Dios y se hace indispensable para el crecimiento feliz de los hijos. Son amores complementarios con respecto al hijo, como lo son los sexos con respecto a la misma pareja. Dios, plenitud de amor paternal-maternal, al crear al ser humano, repartió su inmensa capacidad de amar en dos

criaturas distintas que «*hizo a su imagen y semejanza, hombre y mujer los creó*» (Gn 1, 27). Ni la madre sola ni el padre solo pueden dar a sus hijos un amor completo. Gran mal el del divorcio, que separa lo que Dios ha unido en su plan creador.

Los niños, adolescentes y jóvenes cubanos, en gran número, viven con tristeza la separación de sus padres. Incluso aquellos adolescentes cuyos padres están unidos experimentan, como preocupación grande en sus vidas, el que sus padres lleguen a separarse un día. Tan frágil sienten la institución familiar.

Con interés y agrado he constatado, en estos años recientes de mi ministerio como Arzobispo de La Habana, que la familia goza de un aprecio creciente en las nuevas generaciones y que las generaciones adultas redescubren, en medio de nostalgias y frustraciones, el valor irremplazable de la vida familiar. Muchos y muchas jóvenes cubanos creen hoy que la felicidad está, ante todo, en crear una buena familia unida y estable. En los medios de comunicación se nota también un apoyo nuevo a la institución familiar. Pero las avenidas que conducen a este puerto seguro de la familia están plagadas de obstáculos. A muchos jóvenes les falta el modelo familiar que deberán reproducir en sus vidas. El sistema de internado obligatorio para diversos estudios secundarios y preuniversitarios no favorece la vida familiar. Los jóvenes se ven sometidos a una continua información reductiva, que pretende ser orientación sexual, muy centrada en el placer sin riesgo, que deja a un lado toda la amplia gama de potencialidades del amor, de su perdurabilidad, de la belleza del noviazgo como preparación psicológica y espiritual al matrimonio, de la ayuda mutua, de la complementariedad de los sexos, del papel y la responsabilidad de los esposos en la transmisión de la vida, etc.

En este último campo pesa sobre la familia cubana el drama del aborto. Porque existe ya una mentalidad abortista en buena parte de nuestro pueblo. Sobre la humanidad del siglo XXI gravitará el crimen del aborto como la expresión más clara y la raíz del desprecio a los derechos humanos, a la dignidad plena del hombre. Es una terrible deuda que, por la conversión y la enmienda, debemos saldar con Dios nuestro Padre, autor de la vida, en el nuevo siglo que se inicia.

Si se viola el claustro materno para expulsar de allí una vida inerte, y esto es aprobado y aceptado legalmente, no hay ya muchas posibilidades de que sean respetados los demás derechos del hombre. Cuando se manipula o se suprime la vida humana, los corazones de hombres y mujeres se envilecen y de ahí se siguen otros muchos males. Primero fue el niño por nacer, después serán los ancianos con vida vegetativa, los enfermos terminales, los incurables, y se va considerando normal la eutanasia, el suicidio asistido, la muerte sin sufrimiento, etc. Una vez que se instala la cultura de la muerte, la vida humana comienza a valer poca cosa.

El Movimiento Familiar Cristiano, los grupos Pro-Vida y la pastoral familiar, en coordinación con la pastoral juvenil, tienen ante sí un campo inmenso para sembrar en la sociedad una cultura de la vida que oriente a los jóvenes hacia matrimonios felices y estables y sostenga y apoye a las familias en sus esfuerzos por mantenerse unidas y por superar sus crisis.

La valoración de la castidad y la virginidad hasta el matrimonio, el noviazgo vivido como una etapa de extraordinaria belleza espiritual, el ejercicio de la paternidad y maternidad responsables por el uso de medios naturales para recibir a los hijos en los momentos mejores para el niño y para los esposos, todo ese ir contra la corriente del placer por el placer, pondrán al joven y a la joven del año 2000, a novios y esposos

que franquean este umbral, en la corriente creadora de amor y de vida que mana de Dios Padre.

Las familias que tienen hijos en internados lejos del hogar deben extremar sus cuidados para mantener una comunicación fluida con sus hijos y han de hallar creativamente todos los medios aptos para que los lazos familiares no se debiliten, ni pierdan los adolescentes y jóvenes su responsabilidad con relación a la familia. La familia es la primera educadora de sus hijos y los padres de familia deben, por lo tanto, hacer valer su derecho a que los niños y adolescentes se eduquen permaneciendo en sus hogares y asistiendo a la escuela como externos, a menos de existir dificultades especiales que impidan que sea así.

Los hombres actúan, a menudo, según una lógica fría y a veces cruel, porque forman parte de una humanidad huérfana, que desconoce a Dios Padre, origen de la vida y fuente del amor. De ese Dios que es amor debemos ser testigos y portavoces, en nuestro mundo, todos los cristianos, al entrar en el tercer milenio del cristianismo. Para esto debemos anunciar a Dios Padre con un corazón de hermanos.

Padre nuestro...

La oración del cristiano no dice Padre mío, sino Padre nuestro. Unida a nuestra condición de hijos de Dios está nuestra condición de hermanos de todos los hombres. Dios es Padre de todos, no solo de quien lo invoca llamándolo así, o de quienes están bautizados en nuestra Iglesia Católica, sino de los cristianos de otras iglesias y de los adherentes a grupos religiosos que se proclaman seguidores de Jesús. Todos los que tenemos fe en Jesucristo, único Salvador, debemos esforzarnos por rezar con un solo corazón el Padrenuestro. Al cumplirse los 2.000 años del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, es hora de pedir juntos que la unión de los cristianos se haga realidad; que se cumpla cuanto antes el deseo de Jesús: *«que todos sean uno para que el mundo crea»* (Jn 17, 21).

Debe ser un proyecto de cada parroquia o comunidad reunirse los cristianos católicos con otros cristianos de su pueblo o barrio en una fecha determinada, especialmente en la semana de oración por la unidad de los cristianos, para proclamar juntos nuestra fe en Jesucristo y rezar unidos, como hermanos, el Padrenuestro.

Dios es también Padre de los que tienen una religión natural. Son aquellos que temen y respetan a Dios, pero no conocen a Jesucristo ni su evangelio. Creen en un Dios todopoderoso, grande pero distante, que castiga, que es un justo juez, que todo lo que ha de pasarnos en nuestras vidas «lo tiene escrito» en lo que constituye el «destino» de cada uno, etcétera. Nosotros tenemos la dicha de conocer al Padre porque Jesús nos lo ha revelado y eso ha sido un regalo de Dios, por tanto tenemos el deber de compartir esa dicha con nuestros hermanos que tienen esa religiosidad natural o popular. Ellos constituyen la mayoría del pueblo cubano, que cree en Dios, e incluso muchos fueron bautizados de niños en la Iglesia Católica, pero no han llegado a descubrir la riqueza del amor del Padre revelado por Jesucristo. ¡Cuánto tenemos en común con ellos y cuán obligados estamos a invitarlos y animarlos para que *«gusten y vean qué bueno es el Señor»!* (Sal 34).

Algo parecido se puede decir de los seguidores de cualquier religión. Hay un único Dios que es Padre y lo es también de aquellos que profesan distintos credos. Están, además, aquellas personas que, con toda sinceridad, dicen no creer en Dios. En Cuba son minoría, pero su presencia nos estimula a los cristianos, de un modo u otro, a agradecer a Dios las riquezas de nuestra fe. No pocas veces se trata de hombres y

mujeres de gran valor humano, de fina sensibilidad, de corazón bondadoso. Nos alegra saber que Dios Padre, a quien nos dirigimos en nuestra oración diaria, es también Padre de esos hermanos nuestros, aunque ellos lo desconozcan.

Así, al decir «Padre nuestro» no invocamos al Dios de nosotros los católicos, sino al único Dios Padre, creador de todos. Si somos hijos de un mismo Padre, se abre paso en nosotros esta hermosa y comprometedora verdad: *«todo hombre es mi hermano»* (Pablo VI).

Nuestra Iglesia Arquidiocesana tiene como uno de sus objetivos, en su plan pastoral, la misión. La misión solo puede ser respetuosa del otro si se realiza en el espíritu del Padrenuestro. Cuando vamos a evangelizar no nos acercamos a alguien a quien le falta todo, sino a un hermano que tiene conmigo y contigo, en común, lo más importante: es hijo del único y mismo Dios, nuestro Padre.

¡Cómo se agiganta la figura del ser humano cuando la contemplamos a la sombra amorosa de Dios Padre! Qué atención y respeto merece cada hombre en su extraordinaria dignidad, sobre todo el desvalido, el enfermo, el que está en prisión, el pobre porque no puede adquirir lo necesario para la vida con el salario que gana, el anciano que tiene una pensión muy reducida... todos son hijos de Dios. ¿Cómo pasar de largo ante el hombre maltrecho, cómo hacerse sordo a las quejas de los inconformes con el medio social, sean jóvenes o adultos, que viven en un repliegue parcial o total, aspirando muchos de ellos, especialmente los más jóvenes, a irse de Cuba, porque se sienten cansados de las limitaciones materiales o agobiados por la insistencia ideológica y la falta de opciones? También estos son hijos de Dios y hermanos nuestros.

Me preocupa en gran manera qué puede hacer la Iglesia para contribuir a crear un clima de familia grande en nuestra tierra, donde los hijos de un mismo Padre se sientan como hermanos y no quieran marcharse de la casa paterna.

La Iglesia intenta lograr una postura espiritual positiva en quienes integran la comunidad cristiana pero, como dice Jesús en el evangelio: *«no se pone un remiendo nuevo a un paño viejo, pues, lo nuevo tira de lo viejo y se hace un roto mayor»* (Mt 9, 16). La Iglesia está inmersa en la realidad social que la desborda. Solo los mejores de sus hijos son capaces, en la oración y la ofrenda de sí mismos, de asumir la realidad con las cargas que hoy conlleva. Pero la mayoría está menos dispuesta al sacrificio. Esto, que es así en los cristianos, vale igualmente para otros cubanos hermanos nuestros. Y es algo perfectamente humano. Se hace necesario entre nosotros un habitual sentido de misericordia, como la que Dios Padre tiene con cada uno de nosotros y con toda la humanidad, para considerar la situación de esos hermanos, pero sin dejar nunca de presentarles el gozo de la fe y de la esperanza cristianas como un caudal de gracia capaz de hacer posible que puedan forjar en Cuba una vida feliz.

La misericordia equivale en ciertos aspectos, en el lenguaje secular, al realismo, con el cual se comprende a cada uno en su situación concreta. Toda fe religiosa y cualquier ideología han de tener conciencia de la real condición humana, que es siempre frágil, si no quieren deslizarse en un irrealismo peligroso. Los cristianos seguimos considerando a los débiles, a los quejumbrosos, a los que se cansan del camino esforzado que Cristo les propone, hermanos nuestros. Así debe ser también en la convivencia civil, porque Dios Padre mira a todos con la comprensión de su amor misericordioso y porque cansarse y no estar de acuerdo es propio del hombre creado

libre por Dios y eso constituye una clara expresión de la dignidad humana. Además, en muchas ocasiones, el cansancio o la disparidad de pareceres estarán plena y objetivamente justificados.

La misericordia incluye, además, no solo comprender las condiciones del otro, sino también hacerse eco del clamor de todos los hombres y mujeres, especialmente de los pobres, de los que sufren, de los indefensos, de los inconformes. Dice Jesús en el evangelio: *«¿acaso un Padre a quien su hijo le pide un pan le daría una piedra?»* (Mt 7, 9). Dios Padre misericordioso responde con amor a quien le suplica y Jesucristo nos pide a sus discípulos que actuemos del mismo modo: *«sean misericordiosos como el Padre es misericordioso»* (Lc 6, 36). En nuestra decisión de cumplir este mandato del Señor, descubrirán nuestros hermanos la misericordia del mismo Dios para con ellos.

Acogiendo el sentir de los que sufren de algún modo la marginación social, nos decía el Papa Juan Pablo II en su homilía de la Plaza de la Revolución en La Habana: *«aunque los tiempos y las circunstancias cambien, siempre hay quienes necesitan de la voz de la Iglesia para que sean reconocidas sus angustias, sus dolores, sus miserias. Los que se encuentren en estas circunstancias pueden estar seguros que no quedarán defraudados, pues la Iglesia está con ellos y el Papa abraza con su corazón y su palabra de aliento a todo aquel que sufre la injusticia»*. No solo el Papa debe hacer esto, sino también es deber del obispo a quien él le ha confiado una porción del rebaño y con el obispo debe hacerlo también toda la Iglesia diocesana.

Los animo, pues, a seguir mostrando su amor y su solidaridad a través de las obras de Cáritas en su programa de atención a los ancianos, a los enfermos y a otros necesitados. ¡Cómo quisiéramos tener más recursos para atender a tantos y tantos que reclaman nuestra ayuda! Cuán beneficioso sería recibir donativos del extranjero en alimentos, para ser distribuidos a estas personas carentes de lo necesario. La Iglesia siempre espera que sea reconsiderada esta limitación que tiene para su acción de servicio a los más necesitados dentro de la sociedad, pero anhela, aún más, que en esta tierra que amamos podamos producir el alimento que necesita nuestro pueblo, sin tener que recibir ayuda desde fuera de nuestro país.

Es grande la creatividad de nuestra Iglesia para ir en ayuda de los más necesitados: comedores para ancianos en varias parroquias e iglesias, lavanderías para enfermos, ancianos y necesitados en otras, atención a las madres solteras o madres solas con un cuidado integral de ellas y de sus niños, y tantas iniciativas más que no cesan de surgir, a pesar de las limitaciones que experimentamos para mostrar nuestra solidaridad y nuestro amor, que es uno de los compromisos fundamentales de nuestra fe católica: *«cuanto hicieron a uno de estos, los más pequeños, a mí me lo hicieron»* (Mt 25, 40). También a través de la Pastoral Carcelaria, la Iglesia ejerce esa misión, visitando a los presos y ayudando a sus familiares. A nuestra comisión diocesana de Justicia y Paz, y con más frecuencia aún a la mesa de trabajo del Arzobispo, llegan las reclamaciones de personas que tienen problemas en el medio laboral, con sus viviendas, de orden judicial o social, o padecen situaciones que consideran injustas.

En la ciudad de La Habana, y en muchos otros lugares de la Arquidiócesis, se ha extendido mucho en los últimos años la presencia de un buen número de personas que han llegado de las provincias orientales de Cuba en busca de mejores oportunidades de vida. A doble título son hermanos nuestros: por ser hijos de Dios y por ser cubanos. La acogida y la solidaridad no puede faltar en el buen trato que la comunidad cristiana está obligada a dar a estos hermanos, que deben ser recibidos

como hijos de un mismo Dios Padre. Pero, además, cada católico, en su medio de estudio, de trabajo o en el vecindario, debe testimoniarles personalmente a ellos su amor cristiano. No pocos, afectados por su situación social como emigrados internos, vienen a solicitar la ayuda de la Iglesia. Recurren a la Iglesia ellos, como muchos otros, después de haber recorrido muchas instancias, sin llegar a ninguna solución. Acuden a la Iglesia personas con diversos problemas porque saben que la Iglesia, a través del tiempo y en todas partes, no deja de ejercer su misión misericordiosa.

Quizá una de las mayores contrariedades que puede enfrentar la Iglesia en su misión de solidaridad con los pobres y con los que sufren, es que su voz no sea escuchada o atendida en relación a esos casos. Es necesario encontrar cauces para que se oiga el clamor de quienes sufren menoscabo en sus derechos como persona o cualquier otra injusticia. Leemos en la Biblia, en el Salmo 10: *«Tú, Señor, escuchas el clamor de los humildes, confortas su corazón, les haces caso, haces justicia al huérfano y al oprimido»*. En la canalización de las inquietudes de los pobres, la Iglesia siempre está dispuesta a servir, en razón de su propia misión.

Quienes estamos en la obligación de atender a esos reclamos debemos pensar que no siempre estaremos en la condición de quien tiene medios económicos, prestigio social o poder político. Los años, el azar, cambios externos o en nosotros mismos pueden hacer, llegado el momento, que necesitemos nosotros de la misericordia de los demás. En nuestras comunidades católicas, a cuántos hermanos nuestros hemos recibido en estos últimos años, con amor y misericordia, que en años pasados tuvieron buena posición económica y ahora son pobres y, en otro orden de cosas, a otros que mantuvieron actitudes severas con los cristianos, por ser cristianos, desde los cargos que ocupaban entonces y hoy participan de la vida de la comunidad católica. El refranero popular traduce todo esto diciendo: *«hoy por ti, mañana por mí»*. Estos son los primeros principios de acción en los que la sabiduría popular, de inspiración cristiana, ha fundado la convivencia humana. Jesús lo expresa admirablemente en el sermón de la montaña: *«dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»* (Mt 5, 7). En una palabra, al decir Padre nuestro nos comprometemos a vivir de hecho nuestra condición de hermanos de todos en el amor y la solidaridad.

... que estás en el cielo...

El cielo simboliza ese plano de infinita elevación espiritual en que Dios vive y actúa. Desde «lo alto» tiene Dios una visión superior de todas las cosas. Por eso decimos ante lo incomprensible, ante lo que nos supera: solo Dios sabe. Esa es nuestra seguridad. Nuestra confianza es que Dios está por encima de todo, nuestro Padre está en el cielo. En el tren de la vida, cada uno de nosotros ocupa una ventanilla y ve pasar el paisaje que está a su lado. Tal vez el que viaja de pie en el último vagón, mirando lo que deja detrás, tenga la visión propia del historiador. El conductor del tren, con su vista fija hacia delante, puede ser como un futurólogo o un profeta. Solo hay uno que tiene una visión privilegiada, es ese trabajador que camina por encima de los carros en algunos momentos y lo ve todo desde arriba, simultáneamente. Este es el que, aunque muy remotamente, se parece a Dios nuestro Padre.

En su oración, Jesús levantaba siempre significativamente su mirada al cielo, como para indicar la realidad superior que Él anunciaba. Así lo atestiguan los evangelios en más de una ocasión: *«Jesús, levantando sus ojos al cielo, dijo: gracias, Padre, por haberme escuchado»* (Jn 11, 41-42). Este gesto suyo estuvo presente en la última cena, cuando instituyó la Eucaristía: *«tomó pan y, elevando sus ojos al cielo, lo partió y lo dio a sus discípulos...»* (Lc 22, 19). La escena recuerda las palabras de Jesús

cuando habló del pan de vida: «*mi Padre es quien les da verdadero pan del cielo*» (Jn 6, 32).

En su última aparición a sus discípulos, Jesucristo resucitado se aleja de ellos ascendiendo hacia lo alto, y un ángel aparece diciéndoles: «*hombres de Galilea, ¿qué hacen ustedes ahí plantados mirando al cielo?, ese Jesús que hoy asciende volverá un día...*» (Hch 1, 11). El mensaje es claro: es en esta tierra donde tenemos que realizar las tareas que Jesús nos ha confiado. Pero al mismo tiempo nuestra mirada tiene que ser muy alta para que las acciones a veces mezquinas de los hombres y sus instituciones, o los proyectos reductivos o rastreros de algunos seres humanos, no entibien nuestro ardor ni nos sumerjan en el desaliento, o en algo peor, en hábitos de pensamiento demasiado terrenales: consideraciones políticas, económicas o sociales paralizantes, que suscitan temor o apatía, tanto como fiarse demasiado de los estudios sociológicos y de las acciones programadas y muy poco de la acción del Espíritu Santo. «*Échate atrás, Satanás, tú piensas como los hombres, no como Dios*» (Mt 16, 23), dijo Jesús a Pedro cuando este calculó, con normas de prudencia humana, que no era oportuno que Jesús fuera a Jerusalén.

Pensar como Dios es llegar a tener una visión de la historia, de nuestra historia, que participe de la sabiduría infinita de Dios, de su paciencia con los pecadores, es ir más allá y más alto, mirando la realidad desde la fe. Esta visión es más abarcadora y profunda que la de la política y las ideologías. Es ver al hombre en toda su dignidad y grandeza, para sostenerlo en sus esfuerzos por alcanzar su real estatura humana. Pero es también comprenderlo misericordiosamente, con todos sus límites, para tenderle la mano y levantarlo en los peores momentos de su vida.

Nos dice San Pablo: «*si han resucitado con Cristo busquen las cosas de arriba, donde está Cristo a la derecha del Padre, no busquen las cosas de la tierra*» (Col 3, 1). Solo mirando alto puede el cristiano librarse del vértigo que produce el mundo abismal en que vivimos. A las puertas del año 2000, nuestra visión del mundo, de nuestra vida personal, del apostolado de la Iglesia, tiene que abrirse a un horizonte excelso, con una perspectiva de fe muy alta que nos haga ver con la mirada de Dios, y no con la de los hombres, el mundo que nos rodea. Este es el modo de vivir la esperanza en los tiempos finales de este siglo y en el que pronto comenzará.

Esta esperanza grande y enaltecida la reclaman hombres y mujeres de nuestro pueblo como también de otras partes del mundo. El Papa Juan Pablo II vino a Cuba como mensajero de la verdad y de la esperanza. Durante los cuatro días de su presencia entre nosotros nos sentimos liberados de muchas ataduras y con un gran regocijo. Realmente, el Papa estaba sembrando esperanza. Estoy convencido de que el obispo debe estar en medio de su pueblo como un hombre de esperanza. El anuncio de Cristo a nuestros hermanos tiene que hacerse con talante esperanzador y, para esto, la Iglesia Arquidiocesana, en sus parroquias, capillas, casas de oración y movimientos, debe cultivar la esperanza. La esperanza no es un ingenuo entusiasmo que hiciera ver el futuro color de rosa, sin reparar en las dificultades presentes. Es la certeza de que Dios Padre tiene en sus manos los hilos de la historia y Él la conducirá por caminos de justicia, de paz y de amor. Quien vive de veras su esperanza cristiana, ayuda al advenimiento de esa vida nueva. Recuerden bien: Dios está por encima de todo, solo Dios sabe, nuestro Padre está en el cielo.

... santificado sea tu nombre...

¿Cómo podemos santificar nosotros el nombre de Dios? En la vida social se escucha a veces decir que alguien ha puesto en alto el nombre de su familia, que un

deportista o un artista ha engrandecido el nombre de su patria. Pero ¿qué podemos nosotros añadir al nombre de Dios, cuya grandeza es infinita? ¿Cómo podríamos santificar el nombre de Dios que es ya santísimo?

Sin embargo, puede haber, por otra parte, quienes mencionan el nombre de Dios con desprecio o con insultos. Hay otros que tienen el nombre de Dios en los labios, pero con su vida desmienten su condición de creyentes, son egoístas, están cargados de odio, sus acciones son malas y detestables. Estos denigran el nombre de Dios. Otros, por fin, con su bondad y sus obras buenas, hacen exclamar a muchos: ¡bendito sea Dios! De ahí se sigue que es en nosotros y por nosotros, como nos dice San Agustín, que el nombre de Dios resultará menospreciado o santificado.

Por razones históricas aún recientes, los cubanos tenemos una especial sensibilidad frente a la mención o al silencio del nombre de Dios. En el período de ateísmo militante en que les tocó vivir y crecer a dos generaciones de cristianos en Cuba, llegó a no pronunciarse el nombre de Dios ni siquiera en las expresiones familiares o tradicionales como: «... si Dios quiere...» o «... con el favor de Dios». Se había creado una artificial censura social que llevaba a todos a silenciar el nombre de Dios, sin que esto significara, en muchos casos, que no se creyera en Él. Tal vez por eso, hoy se le pronuncia con más conciencia de lo que se está diciendo y con más respeto y devoción. Tengo la impresión de que ahora hay menos riesgos entre nosotros de faltar al segundo mandamiento: «no usarás el nombre de Dios en vano» (Ex 20, 7).

Pero es claro que será no solo con nuestros labios, sino con nuestras vidas, con nuestro testimonio de cristianos, como santificaremos el nombre de Dios y lo pondremos en alto. Quien esto hace, cumple el deseo de Jesús: «*sean perfectos como el Padre celestial es perfecto*» (Mt 5, 48). Este llamamiento a la santidad nos lo hace el Señor a todos, obispos, sacerdotes, diáconos, personas consagradas y laicos, en una hora de la historia donde solo se persigue la comodidad, el éxito, el provecho personal, el placer y cuanto agrada a los sentidos.

Pareciera que nadie quiere oír hoy hablar de sacrificio, de esfuerzo o de disponibilidad para servir, sobre todo en nuestro medio, donde la gente está tan agobiada por los asuntos cotidianos de la vida: precaria economía familiar, con precios altos para comprar aun lo esencial, salarios y contenidos de trabajo que dan poca o casi ninguna satisfacción laboral, más las dificultades de todo tipo con el transporte, el agua, la electricidad, etc. ¿Cómo hablar de abnegación y santidad a personas que esperan, más bien, un poco de alivio a sus preocupaciones cotidianas?

Pero la santificación de la vida familiar, del trabajo, de todo el quehacer humano, en el seno de la sociedad, no tiene por qué añadir sacrificios y esfuerzos a los ya demasiado numerosos que pide a un cubano medio la hora presente. Más bien se trata de enfrentar las penalidades, y el agobio que ellas producen, con un espíritu nuevo: «*Vengan a mí los cansados y agobiados y yo los aliviaré*», dice Jesús (Mt 11, 28).

Vayamos al evangelio. En el pasaje en que Jesús se ve ya abocado a su muerte por la furia de los jefes y notables del pueblo, le oímos decir de forma rotunda: «*mi vida nadie me la quita, soy yo quien la doy*» (Jn 10, 18). Jesús transforma desde dentro de su corazón la realidad exterior. Esta sigue siendo objetivamente la de una cruz en la cual debe morir. Pero, de suplicio infame, Él la convierte en ofrenda. En esto no hubo resignación, sino un acto libre de entrega. Así, Jesús santificaba el

nombre del Padre. Por eso pudo decir lleno de paz al final de su agonía: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46). Nunca fue más libre un hombre que cuando el hijo del hombre, clavado en una cruz, puso su espíritu, con toda libertad, en manos del Padre. No se ha visto tampoco una santidad mayor.

Nuestra cruz de cada día se alza ante nosotros a veces desafiante; pero el aplastamiento o la resignación nos deshumanizan, nos esclavizan. Solo el acto libre del corazón, que convierte en ofrenda las cargas y las penas de cada día, puede santificar el nombre de Dios en nosotros y por nosotros, sin añadir ninguna carga objetivamente nueva a las muchas que ya existen, sino haciendo que desde dentro de nosotros mismos se transforme todo cuanto externamente nos pesa o nos cuesta, en fuente de alabanza a Dios. «Mi yugo es llevadero y mi carga, ligera» (Mt 11, 30). Jesús se compromete con nosotros a hacer soportables los esfuerzos que Él nos pide. Nuestra actitud de ofrenda redundará en bien de nuestras familias, de los compañeros de estudio y de trabajo y de todos en general, pues contribuirá a desterrar de nosotros la queja y la amargura que nos afectan personalmente y dañan también a otros.

Por otra parte, no debemos tampoco olvidar que, al mismo tiempo que el temor al esfuerzo, y quizá porque la convivencia entre los cubanos se ha hecho más dura y seca, existe entre la gente una gran nostalgia de bondad y de auténtica santidad. En la muerte de una buena madre, sus hijos exclaman con desconsuelo: «era una santa», y todos comprenden que la vida de alguien que es bueno y hace felices a los demás tiene un valor extraordinario. Misión del cristiano es salir al encuentro de esa nostalgia de bien que hay en tantos hermanos nuestros, por medio del trato fraterno y la amistad.

De la cruz aceptada y ofrecida nace la alegría propia del cristiano. Y acerca de esto hay otra promesa de Jesús: «nadie podrá quitarles esa alegría» (Jn 16, 22).

Los animo, pues, a convertir la cruz de cada día en ofrenda. Prueben a hacerlo y verán con qué gusto después, al rezar el Padrenuestro, podrán decir: santificado sea tu nombre.

... venga a nosotros tu reino...

Ante las guerras, las injusticias, las esperanzas fallidas, la falta de libertad y las miserias de todo tipo, surge el clamor de todos los hijos de Dios: venga a nosotros tu reino, transfórmese la realidad en que vivimos según los designios amorosos de Dios.

Jesús hablaba a menudo del reino de Dios. Contó a los suyos varias parábolas para explicar las características que lo identifican, y así lo compara a una «semilla pequeña que se siembra» (Mt 13, 31) y produce después un árbol grande. De este modo quiere hacer comprender que el reino de los cielos se funda en la humildad. «Se parece también el reino a un tesoro que halla un hombre en un campo, va y vende todo lo que tiene y se queda con el campo» (Mt 13, 44). En efecto, cuando en nuestras vidas hemos descubierto la verdad sobre Dios y sobre el hombre, encontramos un tesoro y todo lo demás sobra. Pero no está integrado el reino de los cielos por hombres y mujeres perfectos, dentro de él puede haber buenos y malos. Jesús compara el reino de Dios a la red que es «lanzada al mar y recoge toda clase de peces» (Mt 13, 47), después el pescador separa los buenos de los que no sirven. Nunca se elimina el mal de la humanidad eliminando a los «malos», haciendo una sociedad de «buenos»: todos entran en la red. Solo Dios separará a los «malos». Solo Él sabe quién lo es de verdad y Él es misericordioso. Además, Él tiene también el poder de cambiar lo malo en bueno, obrando un milagro si fuera necesario.

Tanto hablaba Jesús de ese reino, que sus oyentes le preguntan en qué lugar se hallaba y Él les responde: «*está dentro de ustedes*» (Lc 17, 21). En efecto, Jesús había venido a traer el reino de los cielos a la tierra y lo había puesto en el corazón de quien estuviera dispuesto a aceptar su código de amor, de humildad y de verdad. Todo aquel que lo acepte y lo haga realidad en su vida, pertenecerá ya a ese Reino.

Se ensancha de veras el corazón cuando nuestra mirada se extiende más amplia y más lejos hasta alcanzar las perspectivas grandiosas del reino de Dios tal y como es exaltado en el prefacio de la solemnidad de Cristo Rey: es el reino de la verdad y de la gracia, el reino de la justicia, del amor y de la paz. Situados así, toma contornos nuestra esperanza. La historia de la humanidad, dentro de la cual se ubica nuestra historia personal y la de la nación cubana, se nos revela entonces como un ayer que preparó un mañana más radiante. Se abre también ante nosotros, iluminado con una luz nueva, el futuro de la historia como la posibilidad de un mundo, donde la vida de los hombres alcance una calidad humana superior, dentro de un nuevo orden mundial. En esa nueva realidad se tendría en cuenta la identidad de los pueblos y la dignidad integral del hombre, incluyendo, evidentemente, que se dé al ser humano, en cada nación de la tierra, el trato que merece según la justicia, con un total respeto a su libertad.

No pretendo presentar aquí un sistema político o económico nuevo que sería difícil de diseñar de antemano, sino los grandes valores del reino de Dios que deben impregnar la vida de hombres y pueblos, si queremos una humanidad feliz. Esta realidad estará más allá del capitalismo, del comunismo o de cualquier otro sistema conocido hasta hoy y forzosamente tendrá muy poco en común con cualquiera de ellos. Puede tratarse de una utopía, sí, de una utopía cristiana que nace de nuestra fe en Dios Padre, que tanto amó al mundo que nos entregó a su hijo Jesucristo para que, precisamente, sembrara en la tierra la semilla del reino de Dios.

Algunos anunciaron no hace tanto tiempo el fin de las utopías y también el fin de la historia. Puede ser que, con el fin del milenio, haya llegado también el final de algunas utopías forjadas por los hombres, según coordenadas demasiado entusiastas y faltas de realismo. Puede ser también que algunos autores hayan confundido la historia con la interpretación filosófica o ideológica que otros hicieron de ella. Pero la utopía de un mundo mejor abierto a lo imprevisto de Dios, y la historia de la humanidad como sucesión trascendente de acontecimientos, dentro de los cuales Dios salva al hombre y a los pueblos, se afirman en el umbral del tercer milenio como una expresión luminosa de la esperanza de los cristianos, que, al soñar así el reino de Dios, encuentran cada día mayor fuerza para construirlo en nuestra tierra. Porque al final del milenio tenemos derecho a soñar con un mundo nuevo.

Es tarea precisa de los laicos católicos sembrar los valores del reino de Dios en la sociedad donde viven. En esto deben empeñarse los jóvenes católicos, las familias, los trabajadores cristianos, los estudiantes y profesionales.

No se necesitan cambios de orden político o social como condición previa a esta acción. Más bien el anuncio y la vivencia del evangelio de Jesucristo llevan consigo un cambio que es para todo momento y lugar, y este cambio comienza dentro de nosotros mismos. Somos los seres humanos los primeros que debemos cambiar para que, mediante la transformación de cada uno según los más altos valores humanos, el mundo cambie. Solo así se logrará que el servicio y la solidaridad reemplacen al individualismo, que la actitud de compromiso personal con la historia de los hombres

tome el lugar de la masificación, y que el amor y la comprensión desplacen la dureza y la falta de misericordia en las relaciones humanas. Paso a paso irá surgiendo entonces ese mundo nuevo donde brille la justicia, se viva en libertad y se consolide la paz. Trabajar por el advenimiento del reino de Dios debe ser la tarea y la pasión del laico cristiano en Cuba.

Mientras nos entregamos con esperanza a la construcción de esa nueva humanidad, no cesamos de suplicar a Dios Padre: venga a nosotros tu reino.

... hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo...

Ante todo debe quedar bien claro cuál es la voluntad de Dios Padre sobre la vida de los hombres. Jesucristo nos lo explica de este modo: «*esta es la voluntad del Padre, que todo el que ve al Hijo y cree en Él, tenga vida eterna*» (Jn 6, 40). El querer de Dios es, pues, que todos seamos salvados por medio de la fe en su hijo Jesucristo.

Cuando decimos «hágase tu voluntad», pueden hacerse dos interpretaciones diversas e igualmente válidas de nuestra súplica. La primera de ellas es que se cumpla en el mundo lo que Dios quiere, y esto será siempre un bien para todos. La otra manera de comprender el «hágase tu voluntad» es que cada uno de nosotros cumpla de veras en su vida la voluntad de Dios. Esto último lleva consigo un acatamiento de parte nuestra, sometiendo la propia voluntad a la de Dios, como la Virgen María cuando el ángel del Señor le anuncia que será la madre del Salvador y ella responde: «*hágase en mí según tu palabra*» (Lc 1, 38).

En realidad, al decir «hágase tu voluntad», suceden ambas cosas, estamos pidiendo que la salvación y todos los bienes que Dios Padre quiere para el hombre se realicen en nuestras vidas, pero al mismo tiempo suplicamos que el Padre nos dé la luz de su Espíritu Santo para que podamos descubrir lo que Él quiere de nosotros, y nos dé, además, la docilidad y fortaleza necesarias para aceptarlo o ponerlo por obra. A esto último se refieren las palabras que completan esta súplica: «hágase tu voluntad EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO».

En la tierra, nosotros podemos hacer la voluntad de otro a medias, a regañadientes, bajo protesta. Desafortunadamente, no tienen siempre los hombres la posibilidad de actuar libremente y, al sentirse impedidos en su libertad, se habitúan a comportarse con doblez, con insinceridad. De hecho, la libertad no es una prerrogativa otorgable o no por los gobiernos o las instituciones humanas, sino un modo propio de ser del hombre, creado libre por Dios. El hombre que no es libre se habitúa a cumplir sin aceptar, a hacer sin querer, y vive insatisfecho y triste. De este modo no se puede cumplir la voluntad del Padre. En el cielo, los ángeles y los santos realizan con júbilo y alabanza la voluntad de Dios. Y es eso lo que pedimos en el Padrenuestro: que así como en el cielo se cumple con alegría y prontitud el querer de Dios, de la misma forma se cumpla por parte nuestra en esta tierra la voluntad del Padre, tratando de hallar los medios posibles para realizarla, incluso si las contingencias humanas reducen la posibilidad de acción que nos confiere nuestra innata condición de seres libres. Cuando actúa de este modo, se adueña el hombre de su libertad interior. Esto le hace descubrir o recuperar su condición de hombre libre, aun si, externamente, viera limitadas sus libertades civiles o de otro orden. «Si se mantienen en mi Palabra, serán verdaderamente mis discípulos y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres» (Jn 8, 31-32).

No decimos «hágase tu voluntad» solo en amaneceres tranquilos o en tardes serenas, lo decimos también en noches borrascosas, en momentos inciertos, en

situaciones límite. Buscar la voluntad de Dios para con nosotros y los que nos rodean exige un ejercicio de oración confiada, en el cual debemos entrenarnos desde la niñez. La médula de la oración cristiana es dejarnos instruir sobre el querer de Dios Padre, para abandonarnos confiados y alegres a su voluntad.

Impresiona a veces saber que los cristianos toman decisiones trascendentales en sus vidas sin confrontar seriamente sus deseos o proyectos con la voluntad del Padre, sea en la oración, en la confesión o en consulta a un guía espiritual. Así, muchos piden a Dios que los planes propios, que ellos consideran los mejores, se realicen cuanto antes en sus vidas, y lo piden a menudo con insistencia. De esa manera, tal parece que la oración del Padrenuestro estuviese vuelta al revés: «te ruego, Padre, que se haga mi voluntad».

¿Cuál es la voluntad de Dios para con nosotros, cristianos, y para todos los cubanos en el comienzo del tercer milenio?

Cuando queremos saber la voluntad de Dios para con nuestro pueblo y nuestra Iglesia en Cuba, tenemos que prestar atención a su palabra revelada: «*mis pensamientos son pensamientos de paz y no de aflicción*» (Jr 29, 11).

Pueden ocurrir en la mente humana muchos y variados pensamientos, nacidos de la desesperación o de la desesperanza, de experiencias duras o dolorosas en nuestras vidas, de sentimientos reprimidos o exacerbados de justicia, aun inspirados en buenos propósitos o en la misma fe cristiana. Estos pensamientos, humanamente comprensibles, no se originan, evidentemente, en los pensamientos de Dios para con nosotros y pueden generar amargura o tristeza, desembocando a veces en caminos de escepticismo: «Dios se ha olvidado de nosotros», o en caminos sembrados de actitudes o acciones que pueden contradecir el amor cristiano, el perenne propósito de reconciliación y diálogo que el evangelio y el Papa nos proponen, y anular en la práctica toda esperanza. Es necesario escuchar de nuevo la voz de Dios: «*mis planes no son los planes de ustedes, los caminos de ustedes no son mis caminos... Como el cielo es más alto que la tierra, mis caminos son más altos que los de ustedes, mis planes más altos que sus planes*» (Is 55, 8). Llega entonces el momento de decir: hágase tu voluntad, en la oscuridad la fe, en el abandono propio del amor, poniendo toda nuestra esperanza en Dios nuestro Padre, como lo hizo Jesús en su oración del huerto: «*Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz sin que yo lo beba, pero HÁGASE TU VOLUNTAD y no la mía*» (Lc 22, 42).

No olvidemos que, poco antes de esta súplica, el evangelio nos dice que Jesús comenzó a sentir miedo. Yo interpreto así el «no tengan miedo», que el Papa dirigió en Cuba a los cubanos, incluyéndome a mí y a los demás obispos, a los sacerdotes y a los fieles todos: No tengan miedo del camino de Dios que Cristo recorrió hasta la cruz; no tengan miedo de ver que la propuesta del amor, de la reconciliación y del diálogo pueda desembocar en el aparente fracaso de la cruz; no tengan miedo de seguir amando y perdonando desde la cruz. Y creo escuchar a Dios Padre que nos dice: «como mis pensamientos son pensamientos de paz y no de aflicción, la resurrección y la vida de la Iglesia en Cuba y el bien del pueblo cubano brotarán de esa cruz aceptada y ofrecida al Padre. Ese fue el camino de Jesús, ese ha sido el camino de los mártires de todos los tiempos hasta hoy, cualquier otro camino no será mi camino».

Queridos hijos e hijas de esta Arquidiócesis de La Habana: no tomen ningún camino fácil, distinto al de la cruz, no se dejen llevar por ningún otro espíritu que no sea el del Señor, y animados por Él, los invito a decir con su obispo a Dios Padre,

como cristianos que viven en Cuba al final de este milenio: «hágase tu voluntad». Así dijo Jesús al Padre al acercarse los momentos de su pasión y de su cruz. El Padre no le respondió bajándolo de la cruz, sino resucitándolo a una vida de gloria. Solo en la aceptación de la voluntad del Padre tendremos también nosotros resurrección y vida nueva.

... danos hoy nuestro pan de cada día...

Con estas súplicas se inician las cuatro peticiones finales del Padrenuestro.

Cuántos y cuán diversos y profundos significados encierra la oración que dirigimos a Dios Padre, pidiéndole el pan de cada día. El pan quiere decir también los demás alimentos, el vestido, el techo para cobijarnos, el trabajo que haga posible todos estos bienes indispensables y el salario justo para adquirirlos. Pedir todo esto hoy para el día de hoy es un acto de confianza, de abandono en las manos de Dios Padre, es confesar que Dios está ante todo, que con Él todo es posible y sin Él nada podemos hacer. Es reconocer, en adoración profunda, que el esfuerzo humano es inútil sin Dios, como lo expresa el Salmo 126: «Si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas».

Cuando los hijos de Dios rezan al Padre, no están pidiendo que el pan y lo necesario para la vida «caigan del cielo», sin ningún esfuerzo propio. Con ello mostramos, más bien, la actitud espiritual del verdadero creyente, que es la de ponerse ante Dios Padre con las manos vacías, para que Él siga creando a través de nuestro trabajo, nos dé la salud y la fuerza para trabajar, dé también el coraje y la perseverancia al que no encuentra trabajo para ganarse su pan, y no permita que se sienta solo en su pobreza, sino que halle manos solidarias que se le tiendan en esa hora difícil. Nuestro pan de cada día es todo eso y llega a nosotros de las manos de Dios Padre.

Pero en el mundo organizado, tecnificado e injusto en que vivimos, pasa por muchas otras manos. Son numerosas las instancias humanas que intervienen para que el pan de cada día llegue a todos: un centro laboral, una empresa, un jefe inmediato, una crisis económica nacional o internacional, el Estado, un consejo de dirección... El cristiano, por ser hijo de Dios, sabe que tiene el derecho de ponerse ante Dios Padre, pasando por encima de tantos intermediarios, y decirle: danos hoy nuestro pan de cada día, a mí, a mi familia, a mis amigos y compañeros de trabajo, a tanta gente en el mundo que carece de lo necesario, que sufre hambre.

Por su misma dignidad de hijo de Dios, tiene también el hombre derecho al pan, al trabajo, al salario justo y a la seguridad social. Estos derechos fundamentales deben estar garantizados, y, en caso de necesidad, deben ser reclamados, por todos los medios lícitos, ante las instancias pertinentes. La Doctrina Social de la Iglesia nunca separa la producción de los bienes necesarios al hombre, de las condiciones laborales y sociales en que esos bienes se producen. De modo que el desarrollo de un país no se mide solo por el crecimiento económico de orden numérico, sino por la participación real del trabajador en los bienes producidos. Pedir a Dios el pan de cada día no exime al hombre del trabajo, ni tampoco del reclamo de sus derechos como trabajador. No olvidemos que Jesús en su evangelio proclama dichosos a «los que tienen hambre y sed de justicia» (Mt 5, 6).

Existe también, desgraciadamente, el hambre de pan. El hambre no es solo la falta total de alimentos para saciar el deseo de comer. Es también la mala alimentación y la desnutrición, por no acceder a las cantidades mínimas de alimentos, o por no comer la

variedad de productos alimenticios necesarios para el normal desarrollo o equilibrio de las funciones vitales. De estas faltas nutricionales han sufrido en esta década y sufren aún muchos cubanos, especialmente los niños y los ancianos. Es particularmente preocupante en los niños, pues se compromete su crecimiento y el desarrollo de su inteligencia, y ambas cosas pueden influir negativamente en esta generación y en la inmediata. La talla de los niños y niñas que vienen a nuestras catequesis ha disminuido en general en estos últimos años. Si bien la situación alimentaria ha mejorado un poco, sobre todo para quienes reciben ayuda monetaria de sus familiares en el extranjero y porque ha crecido algo la producción agrícola en La Habana, las deficiencias nutricionales distan mucho aún de haberse superado.

Repito ahora lo que dijimos los obispos de Cuba en el año 1993 en la carta pastoral «El amor todo lo espera», y cito libremente: aun con la situación de bloqueo, las tierras de Cuba son capaces de alimentar mucho mejor a su pueblo. En La Habana, con algunas reformas en los modelos de producción agrícola, se ha podido comprobar que esto es posible en cierto grado. Si estas reformas se profundizan y se extienden aún más, las carencias de la población seguramente seguirán decreciendo. Al pedir a Dios el pan de cada día, le estamos pidiendo también que ilumine las mentes y mueva las voluntades de quienes tienen como responsabilidad prioritaria crear las condiciones para que el pan de cada día llegue a todos nuestros hermanos.

Se impone recordar aquí el claro rechazo que hizo el Papa Juan Pablo II de las medidas económicas restrictivas impuestas a Cuba desde el exterior y calificadas por el Santo Padre como «injustas y éticamente inaceptables». Ustedes saben, queridos habaneros, que ese es también el sentir de su obispo, expresado junto con todos los obispos de Cuba en más de una ocasión: el rechazo de todo aquello que pueda añadir penurias y dificultades al pueblo cubano y entorpecer su desarrollo. En estos términos, el Papa y los obispos de Cuba nos hemos referido al bloqueo.

Siendo los EE.UU. de Norteamérica la nación que ha impuesto estas medidas a nuestro país, la Iglesia en Cuba y nuestro pueblo se han beneficiado, sin embargo, de la solidaridad mostrada por la Conferencia de Obispos Católicos Norteamericanos, quienes, además de rechazar las medidas económicas restrictivas hacia Cuba, nos envían con frecuencia distintas ayudas, sobre todo en material médico y medicinas. Esto lo han hecho también los obispos y las organizaciones católicas de varios países: Alemania, Italia, España y otros. Los gobiernos pueden estar distantes o enfrentados, pero la Iglesia es la gran familia de los hijos de Dios, que brinda siempre su amor y su ayuda a los hermanos que lo necesitan en cualquier parte. Por esto, al rezar el Padrenuestro, no podemos dejar de pensar con gratitud en estas Iglesias hermanas que nos han mostrado y nos muestran su solidaridad.

Esta sensibilidad de la Iglesia hacia el hombre y sus necesidades se comprende a partir de la naturaleza de nuestra fe, que fija siempre sus ojos en el modo de obrar de Jesucristo. Junto al mar de Galilea, Jesús había hablado a la multitud, enseñándoles durante mucho tiempo. Esa multitud había seguido a Jesús a un lugar alejado de cualquier centro urbano y el Maestro, al ver la hora y la distancia que los separaba de cualquier poblado, dijo a sus discípulos: *«hay que darles de comer a toda esta gente, no podemos dejar que se vayan vacíos, pues desfallecerían en el camino»* (Mt 15, 32). Esta preocupación de Jesús lo llevó a multiplicar los panes y los peces que, en pequeño número, llevaban algunos de aquellos sencillos auditores suyos, y los distribuyó a la multitud. Narra después el evangelio que todos comieron hasta saciarse y eran unos cinco mil. Jesucristo muestra así su preocupación por el hombre concreto y sus necesidades. No vino Jesús a traer un mensaje desencarnado, sino que Él,

como su Iglesia, tendrían siempre una atención concreta a las necesidades materiales de la humanidad.

Un poco después, en la otra orilla del lago, a donde la multitud había seguido a Jesús, Él les dijo: *«yo soy el pan vivo bajado del cielo, si alguno come de este pan vivirá para siempre»* (Jn 6, 50). Jesucristo, que había multiplicado y distribuido el pan material, capaz de sostener la vida del hombre aquí en la tierra, se refiere ahora a un pan espiritual, que es su misma persona, su enseñanza, el mensaje de amor que Él nos entrega de parte del Padre. Este pan nos da plenitud de vida para siempre.

Ya el Antiguo Testamento nos había dicho: *«no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»* (Dt 8, 3). Jesús nos lo confirma: si el hombre necesita el pan como sustento de su vida material, necesita de Cristo, pan vivo bajado del cielo, para alimentar su vida espiritual. Al pedir a Dios nuestro pan de cada día, además del sustento cotidiano, pedimos al Señor que alimente nuestro espíritu con el pan de su Palabra, que llega a nosotros en la Sagrada Escritura, especialmente, por medio del evangelio.

Cuando en la última cena Jesús, tomando el pan en sus manos, dijo: *«esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros»* (Lc 22, 19), y lo dio a comer a sus apóstoles, el pan de cada día adquirió una nueva posibilidad: ser signo de la presencia real de Cristo en medio de su pueblo. Jesucristo se nos da a sí mismo en el sacramento de la Eucaristía, con toda su realidad humana y divina. Comer su cuerpo y beber su sangre es entrar en profunda comunión con Jesús. También en nuestra petición del pan de cada día imploramos de Dios Padre que nuestra vida de cristianos se haga más eucarística, al participar en la Santa Misa y recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo. La presencia del Señor en nosotros debe transformarnos según el modelo perfecto que tenemos en Él. Alrededor de la Eucaristía, sacramento de la presencia de Jesucristo, se establece y crece la Iglesia.

El Papa Juan Pablo II ha deseado que el año 2000 sea un año eucarístico por excelencia, para dar gracias a Dios que, en su infinito amor a nosotros, nos entregó a su Hijo Jesucristo. Él perpetúa su presencia en el mundo a través de la Eucaristía. Por esto convocaré próximamente un Congreso Eucarístico, que se celebrará en esta Arquidiócesis de La Habana los días 8, 9 y 10 de diciembre del año 2000, para dar gracias al Padre por el don que nos ha hecho de su Hijo. Les pido desde ahora que cada vez que recen el Padrenuestro, al llegar a las palabras: *«danos hoy nuestro pan»*, tengan una súplica especial por el Congreso Eucarístico de La Habana. De esa celebración y del año eucarístico que la precede, podemos esperar un gran bien espiritual para nuestra Arquidiócesis.

En resumen, con el pan de cada día lo pedimos todo al Padre: el sustento material y el alimento del espíritu. También lo esperamos todo de Él, que es dador de todo bien.

... perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden...

Esta súplica al Padre tiene una vinculación con nuestra actitud hacia el prójimo. El perdón que recibimos de Dios nos compromete a perdonar al hermano. Es la única súplica, de las que contiene el Padrenuestro, que Jesucristo mismo explicitó a sus discípulos, al enseñarles a dirigirse a Dios Padre con esa oración: *«Porque si ustedes perdonan a otros sus faltas, también los perdonará a ustedes su Padre celestial, pero si no perdonan a los hombres, tampoco el Padre los perdonará a ustedes»* (Mt 6, 14).

La insistencia de Jesús está, lógicamente, explicada por las barreras, sobre todo afectivas, que encuentra el perdón en el corazón humano, no solo para que sea otorgado en un caso específico, sino, aún más, cuando debe ser asumido como actitud válida y perenne en la vida. *«Preguntó Pedro a Jesús: ¿cuántas veces debo perdonar a mi hermano, hasta siete veces?... respondió Jesús: no te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mt 18, 21).*

Hay una razón superior, existencial, o si se quiere metafísica, para que Jesús insista en la centralidad del perdón como actitud enraizada en la vida de sus discípulos. El ser humano solo puede situarse ante Dios en su verdad de hombre si se reconoce pecador, sea que pide perdón, sea ya perdonado. La manera falsa de llegar hasta Dios es la que aparece en el relato de la creación. Allí, el tentador dice al hombre: *«seréis como dioses»(Gn 3, 5)*. Este deseo irrefrenado de ser como Dios conduce al hombre a la búsqueda del poder y la grandeza que hay en Dios, sin tener en cuenta que el Creador muestra su inmensidad, sobre todo, en su amor y su misericordia. Es así como debemos parecernos a Dios: *«sean misericordiosos como el Padre es misericordioso»(Lc 6, 36)*, nos dice Jesús. Nuestra postura ante el Padre es, pues, la de pobres pecadores necesitados de misericordia. Esa es nuestra real condición. Solo es humilde quien se sabe y se reconoce ante Dios con esta pobreza radical. Santa Teresa de Jesús nos enseña que *«la humildad es la verdad»*. Si no aceptamos nuestra humilde realidad ante Dios, viviremos en la mentira, en la falsedad acerca de nosotros mismos, nos crearemos *«alguien»* o llegaremos a pensar que valemos más que los otros. Pero quien se ha beneficiado del amor de Dios no puede permanecer ya más en la arrogancia. Esto sería un modo de ser falso, una manera clara de no vivir en la verdad. Así el perdón de las ofensas se erige en medidor del ser o no ser cristiano, y es una fuente segura de verificación de que estoy situado ante Dios y ante la vida en humildad, en la verdad sobre mí mismo y sobre mi ser de hombre.

Los cubanos no somos proclives al perdón. Nos llevamos proverbialmente bien y pasamos muchas cosas por alto, pero hay a menudo cierta arrogancia en nuestro trato: lo sabemos todo, lo nuestro es siempre mejor... Quizá por eso las situaciones de penuria en la población, por ejemplo, el deterioro de la ciudad de La Habana, las dificultades ambientales y visibles, nos humillan personal y colectivamente. Hay también, dentro de esto, un sello de dignidad que nos caracteriza como cubanos. Pero no son estos los aspectos más preocupantes de nuestro ser nacional, aunque son rasgos de comportamiento colectivo que pueden ser modificados para mejorarlos.

Mencioné *«el pasar por alto»*, bastante común en nuestras relaciones interpersonales, como un modo de comportamiento que no significa precisamente perdonar. Únicamente el perdón sana las heridas, si no, quedan como cubiertas superficialmente por un velo, pero abiertas. Hay que cerrar las heridas. Aunque una herida sana deja casi siempre alguna cicatriz. Esta es la memoria personal o colectiva que, de hecho, no debe borrarse. En caso de ser así no habría perdón, sino amnesia y sería imposible hacer el repaso histórico de nuestra vida o de la vida nacional. El perdón es, justamente, reconocer la herida y estar dispuestos a sanarla, con el dolor y la dosis de humildad que esto lleva consigo.

Lo más difícil del perdón es tomar la decisión de perdonar y encontrar motivaciones serias y válidas para que el perdón sea cierto y no se pida o se otorgue por conveniencias o para quedar bien. Puede haber motivaciones humanas muy serias para perdonar, como salvar la unidad de un grupo humano, el bien de una familia, la

armonía en el seno de la sociedad, sobre todo cuando la historia de los pueblos ha pasado o pasa por épocas convulsas y solo la reconciliación de los ciudadanos puede lograr el bien mayor de la paz y de una convivencia nacional sana y feliz.

La motivación cristiana para el perdón es de un alcance más hondo y se apoya en todo cuanto he dicho anteriormente. Los hijos de Dios consideramos que cada ser humano es hermano nuestro y que toda ruptura en la familia humana es contraria al querer de Dios y lo ofende. Debemos comprender desde nuestra fe la debilidad, la obcecación o la saña del otro, pues también nosotros somos pecadores y, en algunos momentos, podríamos actuar así. Si somos un poco buenos es solo porque Dios nos ha amado mucho y nos ha perdonado mucho. Las motivaciones de la fe cristiana para el perdón refuerzan las demás motivaciones humanas válidas para una situación determinada.

El código difícil del perdón debe aplicarse entre los cubanos con las características de nuestra historia pasada y reciente. El cubano tiene conciencia de la fuerte carga cristiana que hay en el perdón. En las etapas en que el nombre de Dios dejó de pronunciarse en la conversación corriente, también se excluyó el término «perdón» para excusarse por una importunidad o un simple tropezón. Se introdujo entonces la palabra «disculpe». Cuando a alguien se le escapaba un «perdón» siempre otro le recordaba: «perdón no, disculpe». El lenguaje expresa y crea hábitos mentales. Así pudo hacerse esta extraña adquisición en nuestras categorías éticas: «el perdón rebaja, el perdón es indigno».

Lo primero que debemos procurar como creyentes en Cristo, hijos de Dios Padre, es revalorizar el perdón en la mentalidad de muchos cubanos. El perdón no es signo de debilidad, sino de grandeza de espíritu. Los rencores, los sentimientos de venganza, dañan a las personas en su equilibrio psicológico y hacen que muchos pierdan la paz del espíritu o la alegría de vivir. Los sentimientos de agresividad o violencia hacia el otro no son factores constructivos en el seno de la sociedad, sino causa de divisiones, celos o enfrentamientos. Estos contravalores deben ceder su lugar al valor congregante y cohesionante del amor, que favorece la unidad y la paz, tanto en la persona como en la sociedad.

No podemos olvidar que la praxis filosófica en Cuba ha sido dialéctica y, llevados por circunstancias históricas concretas, se han acentuado mucho los aspectos que tienen que ver con la lucha y el enfrentamiento de situaciones adversas. Pero detrás de los hechos, de las batallas, de campañas de cualquier tipo, están las personas que, de uno y otro lado, recuerdan, rumian y, en muchos casos, no perdonan.

En estos años se han producido históricamente acontecimientos que dejan huellas no solo físicas, sino también en el corazón de los hombres y mujeres que fueron afectados por ellos. Independientemente del juicio que cada uno pueda hacerse de los hechos en sí, debemos aspirar a que se produzca el perdón entre las personas que se han visto envueltas en ellos. Hombres y mujeres que estuvieron en prisión y sus familiares. Gentes, en su mayoría sencillas, del pueblo, afectadas por acciones de guerra o por actos terroristas. Personas que han sufrido actos de repudio, sobre todo durante la etapa difícil de El Mariel, y así podríamos enumerar otras muchas situaciones más que han dejado secuelas dolorosas en muchos corazones. La justicia debe siempre intervenir para juzgar los hechos que le atañen y a sus responsables, pero las personas afectadas por esos u otros hechos deben llegar a perdonarse.

Lo más trágico de estas situaciones es extender el sentimiento de rencor o de venganza a grupos humanos enteros, a los cuales se les ve formando un todo con aquellos que infirieron directamente el sufrimiento. Pisamos aquí un terreno delicado y muy sensible, pero la cadena fatal del odio solo se rompe introduciendo en ella eslabones de amor y esto se logra, sobre todo, por medio del perdón. El perdón es un factor de primer orden para el diálogo dentro de la sociedad. Animo a los católicos habaneros a adoptar en sus vidas una actitud de perdón en consonancia con su fe y ojalá mis palabras pudieran llegar a muchos otros cubanos de buena voluntad.

Algunos afirman que es necesario en Cuba, o mejor, entre los cubanos, un proceso de reconciliación. No niego los bienes que podrían derivarse de él si es bien entendido, pero el perdón otorgado generosamente a las personas, el no extender indiscriminadamente el rechazo o el rencor a grupos humanos enteros, la disponibilidad de sembrar amor entre todos y de nunca atizar el odio, son iniciativas que cada cristiano, por su misma fe, debe poner en práctica sin dilación, si no lo ha hecho ya. Entre nosotros son muchos los que así obran. Ese es ya un proceso de reconciliación, pues este no se da, de hecho, sin personas reconciliadas entre sí.

El tema del perdón nos lleva también a las cárceles. Allí hay hombres y mujeres penados por la ley, pero que deben experimentar el perdón y la amistad de los cristianos. Es alta relativamente la población penal de Cuba. ¡Qué terrible es la cárcel! Es estar privado de la posibilidad de desplazamiento, es estar alejado de los afectos de amigos y conocidos, es vivir sin la familia y sus amores: esposo, esposa, padres, hijos, hermanos. Es estar privado de iniciativas, de relaciones, de libertad. La cárcel, como ha sido concebida hasta ahora, es realmente inhumana y lo es prácticamente en todos los países del mundo. Esta institución, tal y como es hoy, debe desaparecer en el próximo siglo, porque constituye una verdadera escuela del delito, un lugar donde el ser humano tiene pocas posibilidades de cambiar para iniciar una nueva vida y donde, con frecuencia, queda dañado física y psicológicamente. Se han hecho ya muchos estudios para tratar de abolir los actuales sistemas carcelarios, aunque todavía esto parece ser un sueño.

Mientras tanto, debe procurarse que esa vida, trágicamente disminuida que lleva el prisionero, se alivie y sus condiciones y posibilidades mejoren siempre. Los estudios modernos indican que un altísimo porcentaje de los que están en prisión lo integran hombres y mujeres víctimas de problemas sociales, familiares y psicológicos. Todos tenemos un grado mayor o menor de responsabilidad en la prisión de cada uno de esos hombres y mujeres.

Por esto la Pastoral Carcelaria trabaja activamente con las familias de los presos para que no dejen de ir a verlos, para que, además de algunas cosas de comer, les lleven el cariño que tanta falta les hace. La fe cristiana puede ser una ayuda valiosa en la situación concreta del preso. Por medio del sacerdote, el diácono o la religiosa que visita la cárcel, se intenta prestar directamente esta ayuda a los encarcelados, pero es poco el número de reclusos que tienen acceso a este servicio. La entrevista estrictamente personal alarga y complica las visitas. ¡Qué bueno sería que el sacerdote pudiera enseñar allí, además, en grupo, la palabra de Dios! ¡Cuánto quisiera yo mismo celebrar a los presos la Santa Misa por los días de Navidad o en otra ocasión! En la oración de los fieles de la Eucaristía dominical y de las fiestas, nunca debemos dejar de rezar por aquellos que están en la cárcel.

Qué deseable sería también, ante un tiempo de gracia y reconciliación como es el año 2000, que hubiera en Cuba una amplia amnistía de presos de cierta edad,

enfermos, de buen comportamiento o que ya han cumplido buena parte de su condena. Esto sería como un gran perdón de la sociedad hacia algunos de sus integrantes menos favorecidos.

El tiempo de perdón que es el Año Jubilar se inspira en la antiquísima tradición del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, de celebrar, cada cierto tiempo, un año en el que quedaban borrados los compromisos onerosos y se perdonaban las deudas. Por esta razón, el Papa Juan Pablo II ha puesto en evidencia el aspecto social e internacional del perdón, al aproximarse el Año Santo Jubilar.

Otro de los temas a los que el Santo Padre se refiere en el marco de este Año es el de la Deuda Externa. Esta deuda, que agobia a tantos países pobres, debe ser renegociada ventajosamente para los deudores o condonada parcial o aun totalmente a algunos de ellos, de modo que puedan entrar en el nuevo milenio con mejores posibilidades de desarrollo. Esperamos que esta petición del Santo Padre, que ya ha encontrado acogida en algunos medios financieros, suscite una pronta respuesta, que sea favorable a los pueblos más pobres de la tierra.

En este año de gracia en el que todos deben procurar la reconciliación por medio del perdón, también la Iglesia pide perdón. En las jornadas de penitencia celebradas en cada una de las zonas pastorales de la Arquidiócesis, no solo se acercaron al sacramento de la reconciliación muchos fieles, sino que la Iglesia pidió comunitariamente perdón por los pecados de sus hijos. No habían sido cometidos personalmente por quienes hoy son miembros de la Iglesia, sino por algunos que históricamente pertenecieron a ella. Acogíamos así el sentir del Santo Padre, que ha recomendado insistentemente, en el espíritu del Año Jubilar, que la Iglesia pida perdón en cada país o región, en cada continente, por los pecados de sus hijos, que tanto daño hicieron a sus hermanos en la fe y que provocaron la sorpresa y el escándalo de muchos otros.

Entre las peticiones de perdón que hizo el Arzobispo en nombre de la Iglesia, hubo una que muchos han agradecido personalmente y se refería a nuestros hermanos negros. La Iglesia pedía perdón por la esclavitud, que arrancó a sus antepasados de su tierra natal para someterlos a una vida inhumana. La abominable institución de la esclavitud de los africanos, tan condenada por el Padre Félix Varela, fue un triste negocio montado por cristianos. La Iglesia, o sea, toda la comunidad católica, siempre estará en deuda con esos hermanos nuestros que experimentaron también, más tarde, la discriminación en varias de nuestras escuelas, porque no podían estudiar allí. Les pido a ellos perdón, en nombre de nuestra Iglesia, y quiero poner en guardia a los católicos habaneros contra los sentimientos de discriminación, que nunca han desaparecido totalmente en Cuba, pero que tienden a aumentar en los últimos tiempos, al menos en La Habana. La discriminación de los seres humanos por razón de su raza, su cultura, su origen, su religión, es un pecado gravísimo y un cristiano no puede dejar que en su corazón aniden sentimientos que ofenden a Dios, pues van contra el precepto del amor a los hermanos.

Es bueno también decir que la Iglesia perdona, perdona a quienes puedan tener alguna responsabilidad en los sufrimientos de sus pastores, de aquellos obispos a quienes correspondió vivir, con tristeza, tiempos aciagos para nuestra Iglesia. Perdona la Iglesia por las situaciones vividas por sus sacerdotes, sometidos a veces a tensión, desgastados en el ejercicio de un ministerio que en ocasiones se hizo difícil. Perdona por los laicos católicos, limitados en sus posibilidades de estudio, de trabajo o de participación social. Y la Iglesia debe perdonar de verdad. Sería contradictorio que

estos recuerdos, necesarios para que se comprendan hoy muchas realidades de nuestra historia eclesial, pudieran suscitar en la comunidad católica sentimientos aunque fuera remotamente parecidos al rencor.

La Iglesia que pide perdón es también la Iglesia que perdona, si no, sería una farsa decir: «perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». En este espíritu positivo y constructivo quiere la Iglesia Católica trabajar en Cuba por el bien de nuestro pueblo. Con esta confianza en la capacidad del cubano para sobreponerse a lo sórdido y perdonar agravios, deja atrás este siglo y mira hacia el 2000.

... no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.

Estas dos peticiones han estado siempre unidas por causa de su mismo contenido. Una tentación es una especie de sugerencia interior o exterior que nos invita a pensar o actuar mal. Cuando la inspiración propia o el consejo de otro nos animan a hacer el bien, no se trata ya de una tentación, sino de un buen deseo que puede desembocar en un buen propósito. Tentación y mal son, pues, términos que se reclaman el uno al otro. En la traducción latina tradicional y en nuestra antigua versión española, esta conexión entre ambas peticiones se hace más evidente: «no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal» (Lc 11, 4).

Merece la pena que nos detengamos brevemente en la frase: «no nos dejes caer en la tentación». ¿Acaso Dios nos pondría en la tentación, nos tendería una especie de trampa, como una zancadilla para probarnos? Vayamos al sentido de la frase, siguiendo antiguas traducciones y la opinión de varios expertos. Nos resulta menos ambigua si la ordenamos y explicitamos válidamente de este modo: «cuando llegue la tentación, no nos dejes caer», o de este otro: «no permitas que seamos vencidos por la tentación».

La tentación se define, pues, por el mal que nos sale al paso. Por esto, la última súplica del Padrenuestro exige toda nuestra atención. La escritora de origen hebreo Simone Weil reflexiona sobre la estructura del Padrenuestro en estos términos: «con la palabra Padre se inicia la oración, con la palabra mal se concluye. Hay que pasar de la confianza al temor: solo la confianza da la fuerza suficiente para que el temor no cause una caída» (Citada por el Cardenal Martini en su libro «Padre Nostro»).

En toda esta Carta Pastoral he querido llevarlos, paso a paso, a una actitud espiritual de confianza para enfrentar las dificultades que realmente existen y pueden abrumarnos, pero que deben ser superadas si estamos sostenidos por un Dios Padre que nos tiene en sus manos y que tiene poder para fortalecernos y librarnos de todos los males.

«Líbranos del mal» es la súplica más común del Padrenuestro. Aunque venga al final de la oración, es la que más frecuentemente se escucha: «¡Que Dios nos libre!», así se dice de la enfermedad, ante una catástrofe natural como ciclones o terremotos; pero también de los desatinos propios, como es el cometer una locura. Pedimos a Dios que nos libre también de las acciones incontroladas de otro, de la guerra, de los accidentes, en fin, de cualquier situación difícil.

Largamente me he referido en esta Carta a la misericordia, el amor, el perdón, la solidaridad, la aceptación de la voluntad de Dios y el abandono en sus manos de Padre. Estos son los pilares de nuestra espiritualidad cristiana. Tenemos que pedir con insistencia al Padre que nos libre de tomar actitudes y modos de comportamiento que

destruyan los fundamentos de esa espiritualidad, como son la incomprensión, la dureza, el rencor, el individualismo, vivir según mis gustos y caprichos, dejar que el corazón y la boca se nos llene de quejas y protestas, alejarme de Dios y de su Iglesia. Fíjense que de la enfermedad, de un accidente, de una catástrofe natural, podríamos ser librados por la acción de Dios, que impediría con su poder que estos males ocurran. Pero no puede el Padre librarnos del odio, del individualismo, ni de mi rebelión y mis quejas, sin una participación mía, sin mi esfuerzo personal por arrancarme esos sentimientos del corazón para permanecer en la fidelidad al evangelio. Esta lucha es a menudo dolorosa y nos hace compartir la cruz de Cristo: *«quien quiera ser mi discípulo que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y me siga»* (Mt 16, 24). De los otros males, Dios puede librarnos por su intervención, aun milagrosa; del mal moral y espiritual, de la falta de amor y de confianza, solo nos libra por medio de su cruz, que debemos compartir.

¿De qué mal principalmente debemos ser liberados al inicio del Tercer Milenio los católicos cubanos?

Por encima de todo, de la falta de esperanza. Pienso que este es un mal presente en cierto grado en todo el mundo, pero que afecta de modo especial a muchos en nuestro pueblo. Hoy son pocos entre nosotros los que conciben de algún modo el futuro. Y esto es primordial para los jóvenes. Los signos sociológicos de la desesperanza están ya entre nosotros: nacen muy pocos niños, la mujer en edad de procrear, en buen porcentaje, no llega a dejar en su descendencia otra mujer que la reemplace. Disminuirá nuestra población, y esto sin contar el gran número de los que emigran. Los jóvenes no se deciden a casarse, viven juntos, no son capaces de establecer un proyecto común. Me preocupa que los adolescentes y jóvenes cubanos no puedan ni imaginar una respuesta a esta pregunta: ¿cómo ves tú a Cuba en los próximos veinte años? Y, evidentemente, tampoco sabrían qué decir sobre su futura familia, sus hijos, sus trabajos. Y todo esto en el umbral del año 2000, al inicio ya de un nuevo siglo. Situación espiritual esta inquietante, y aun peligrosa, pues puede ser la puerta de entrada del alcoholismo, las drogas, el individualismo, el escapismo, y no quisiera ni mencionarlo de nuevo, por el dolor que me causa, del deseo de partir, que es la negación de toda esperanza compartida para sumergirse en una esperanza propia e individualista.

Padre Nuestro, líbranos del mal de la desesperanza.
Tu Iglesia no es más que esa parte de nuestro pueblo
que sigue a Cristo
y que lo alaba como su Señor y Salvador.
Pero vive, trabaja y lucha
en las condiciones que todos enfrentan
y con las mismas tentaciones de sus hermanos.
Te pedimos, con todas nuestras fuerzas:
no nos dejes caer en la tentación del desaliento,
de la postración,
de la amargura,
de la queja estéril,
de la falta de compromiso,
de la apatía.
Líbranos del mal de la desesperanza.

CONCLUSIÓN

En clave de esperanza les he escrito esta carta pastoral. Señalar elementos difíciles o poco entusiasmantes, presentes en nuestro medio, no significa que nos detengamos ante ellos desconcertados ni que volvamos la espalda indiferentes. Cualquiera de estos dos modos de proceder sería justamente actuar como quien no tiene esperanza. Al repasar con ustedes las palabras hondas y comprometedoras del Padrenuestro, los he invitado a mirar alto, a confiar en Dios y en su amor de Padre, a ahondar en las fuentes de nuestra esperanza cristiana para proponerla a tantos que la anhelan e, incluso, a quienes dicen que la han perdido. «*Para Dios, nada hay imposible*» (Lc 1, 37), dijo el ángel a María. San Pablo nos abre a la esperanza: «*todo lo puedo en aquel que me conforta...*» (Flp 4, 13) *para quienes aman a Dios todas las cosas contribuyen al bien*» (Rm 8, 28). Y añadió más tarde San Agustín: hasta el pecado. «*Esperar contra toda esperanza*», esa es nuestra postura cristiana de cara al Tercer Milenio. La Iglesia en nuestra Arquidiócesis camina en las huellas dejadas en nuestra Patria por el Papa Juan Pablo II. Él vino a Cuba como sembrador de esperanza.

Con celebraciones en plazas y parques, en todas las zonas pastorales de la Arquidiócesis, hemos preparado el advenimiento del tercer milenio del cristianismo, proclamando que en Cristo crucificado y resucitado está nuestra esperanza. Los discípulos de Cristo vemos el futuro como un espacio inmenso donde hay que regar la semilla del reino de Dios, como un tiempo maravilloso en el cual la Iglesia debe ser un faro de esperanza para nuestros hermanos. «*Levanten los ojos, miren los campos listos para la cosecha*» (Jn 4, 35).

El año próximo se cumplirán los 2.000 años del nacimiento de Jesucristo Nuestro Señor, y el Santo Padre Juan Pablo II ha querido que sea marcado este acontecimiento, que tanto significado tiene para el mundo cristiano, con un año de renovación espiritual: es el Año Santo Jubilar y debe ser un año en el cual toda la Iglesia Católica vibre con la conmemoración de este evento por la oración, la conversión del corazón, la solidaridad con el pobre, y toda acción que manifieste la unidad de los hombres y mujeres que integran esta gran humanidad que entra en el próximo milenio. También ha invitado el Papa Juan Pablo II a los hombres e instituciones de este mundo a asociarse de algún modo a este tiempo de renovación y de gracia.

Roma y Jerusalén serán los centros mundiales de celebración y de peregrinaciones del Año Santo. En cada diócesis del mundo lo serán la Iglesia Catedral y las iglesias que el obispo designe como lugares de peregrinación y encuentro. Además de la S.M.I. Catedral de La Habana, he designado como lugares de peregrinación durante el Jubileo: el Santuario de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre en Salud y Manrique, el Santuario de Jesús Nazareno en Arroyo Arenas y el Santuario de San Lázaro en el Rincón. Peregrinando a estas Iglesias con las debidas disposiciones, pueden los cristianos beneficiarse de la indulgencia plenaria.

Desde ahora convoco a todos los fieles católicos para la apertura del Año Santo Jubilar, que tendrá lugar el día de Navidad, sábado 25 de diciembre, llevando en procesión desde la Iglesia y Santuario de Nuestra Señora de la Caridad hasta la Catedral de La Habana, el libro de los evangelios, abierto en la página que nos recuerda que «*la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*» (Jn 1, 14). Este caminar hasta la Catedral será un símbolo del camino de fe y esperanza que debe recorrer la Iglesia en el próximo siglo y milenio.

Cómo no tener presente en la celebración del Año Santo a la Virgen María, hija predilecta del Padre, en cuyo seno se encarnó el Hijo eterno de Dios por obra del Espíritu Santo. María ha tenido, como ninguna otra criatura, la más profunda experiencia de vida trinitaria. Le pedimos a ella que anime la esperanza de nuestra Iglesia Arquidiocesana de La Habana. Que cuanto hagamos sea para alabanza y gloria de la única e indivisa Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Queridos hijos, pongo en sus manos esta Carta a los dieciocho días del mes de octubre del año del Señor de 1999, fiesta de San Lucas Evangelista.

+JAIME Card. ORTEGA